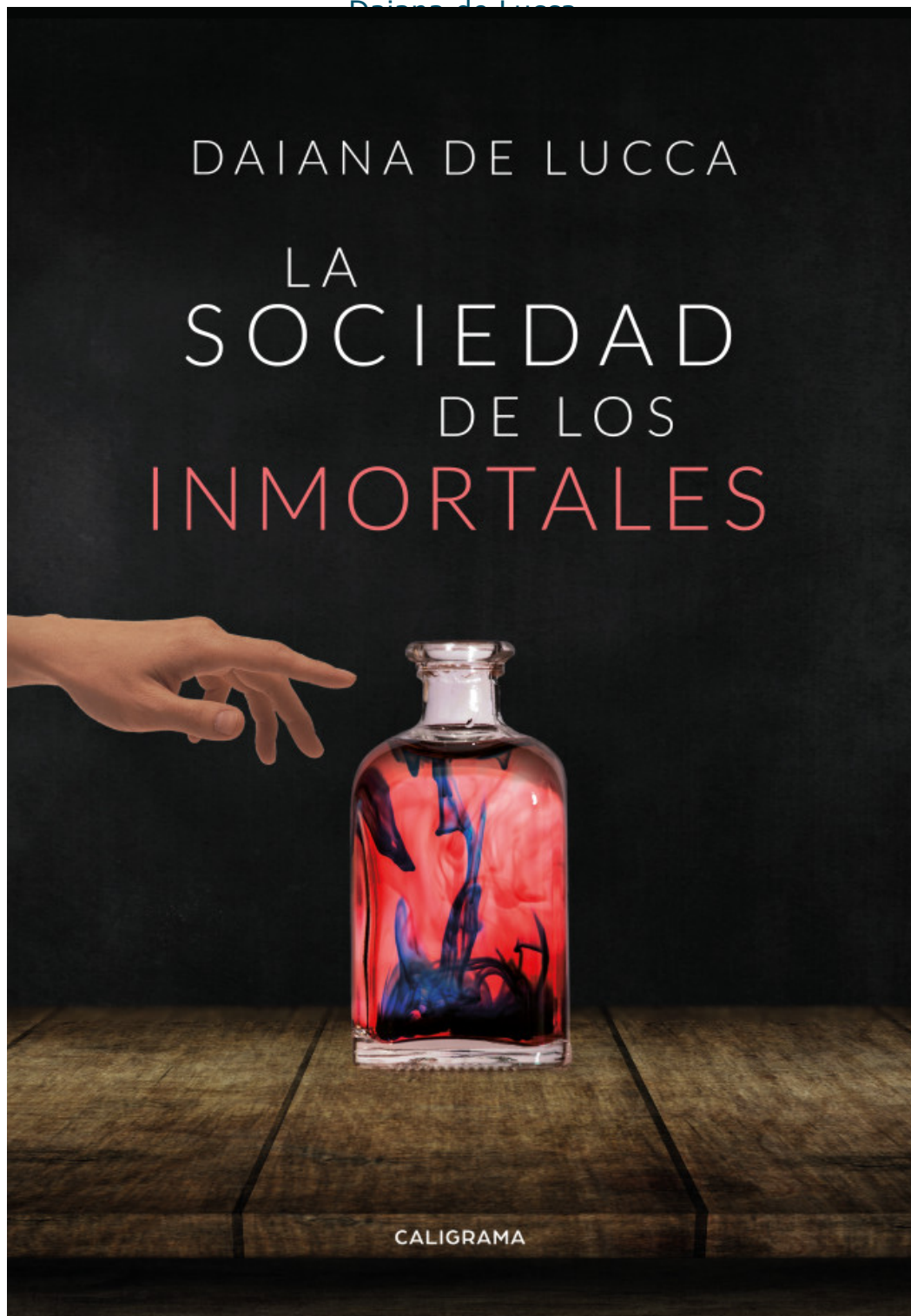


La Sociedad de los Inmortales (Caligrama) - Capítulos
1, 2 y 3



Capítulo 1

1

Jean-Philippe había oído los gritos desde afuera y sabía que cuando entrara en la casa esa noche se encontraría con un escenario de batalla para el que no se sentía preparado, pero aquello era ridículo. No podía tener el corazón tan acelerado. No podía estar conteniendo así el aliento ni tener problemas para controlar los temblores de sus propias manos. No podía permitírselo.

Se apoyó contra la pared junto a la entrada principal mientras los ruidos continuaban adentro, y cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, alzó la mirada hacia el cielo despejado de estrellas más allá de la línea de casas desperdigadas y, eventualmente, la costa de Aberlady.

Inspiró, exhaló... Eso debía hacer. Respirar.

Y entonces, en el interior de la vivienda todo se calmó.

No había más tiempo.

Se volteó y empujó la puerta entreabierta con el arma en alto, solo para quedarse inmóvil un instante después. En medio de la sala de estar en penumbras y del desorden generalizado, se encontraba Roy Sullivan. El hombre canoso que alguna vez había pertenecido a la sociedad lo miraba con los ojos empequeñecidos y con la mano sobre su propia pistola, aún enfundada. A juzgar por los paquetes semitransparentes tirados a su lado y, a la vez, cerca de un bolso de viaje, su objetivo era bastante claro: había intentado robar las dosis del elixir que había en la casa, tal y como Jean-Philippe había temido.

Sin embargo, fue Roy quien habló antes que él.

—Entonces, era cierto... —dijo—. Por semanas, compartiste nuestra mesa, nuestro hogar, nuestros sueños, nuestras esperanzas... y todo este tiempo has sido el mismo hijo de puta que intentó matarnos...

No llegó a terminar su discurso. Jean-Philippe disparó como en automático hacia el corazón, como si hubiera recuperado las habilidades que había dejado dormidas hacía veinte años. Roy Sullivan cayó hacia atrás y quedó tumbado sobre los paquetes. La escena le resultó horrorosa mientras bajaba el arma, temiendo que se le cayera de las manos porque las dudas

acerca de sí mismo estaban regresando.

—Gracias —murmuró una voz entonces y, al reconocerla, Jean-Philippe escudriñó los rincones oscuros de la sala más allá de él.

Pronto a su izquierda halló a Joel, sentado en la alfombra y con la espalda encorvada contra la pared. Tenía la ropa ensangrentada y, exhausto, se tomaba el brazo mientras respiraba con dificultad. Jean-Philippe fue hacia él, pero Joel negó con la cabeza y le hizo una seña en dirección a la cocina.

—Ga... Gabrielle —pronunció en un susurro casi inaudible y con los ojos verdes teñidos de desesperación—. Ella está ahí.

Jean-Philippe comprendió al instante, y un escalofrío le recorrió el cuerpo al tiempo que se enderezaba y la fuerza volvía a él. Sin pensarlo, tomó un paquete del suelo y se lo arrojó a Joel, al igual que su pistola. Sacó otra que tenía oculta debajo del traje gris, y se dirigió hacia la cocina.

Sin embargo, antes de que pudiera llegar a la entrada, hubo un ruido seco aislado que provenía de adentro. Con la adrenalina a flor de piel, Jean-Philippe se pegó al pasillo y avanzó con cuidado. Cuando intentó pasar el umbral, divisó una forma frente a sus ojos, y se encontró con un gran plato pesado que le golpeaba la cabeza y lo dejaba aturdido al romperse contra el piso. Cuando pudo comprender qué estaba pasando, ya era tarde: había soltado el arma y una mujer lo amenazaba con un cuchillo. Menuda y de cabello muy corto, Jean-Philippe sabía perfectamente lo peligrosa que era Mary Sullivan y, sobre todo, conocía lo rápido que podía manejar objetos filosos. Siempre había sido mucho mejor con las armas blancas que su marido Roy, cuyo cadáver yacía en la sala.

Pero ella no sabía eso aún.

Jean-Philippe levantó las manos apenas, para ganar tiempo mientras intentaba recordar cuáles eran los puntos débiles de Mary a la hora de pelear, si es que tenía alguno. Maldijo por dentro, porque no consiguió obtener más que detalles borrosos: el tratamiento de *electroshock* había sido tan efectivo que la mayor parte del tiempo solo podía rememorar retazos desconectados que no le servían en momentos como ese.

La voz de Mary lo hizo volver a concentrarse.

—Traidor —dijo entre dientes. Su tono era de furia, y tenía el rostro contorsionado en una mueca de odio.

—¿Yo? —preguntó, acordándose de cómo había sido la historia que los unía desde hacía décadas—. Al igual que ahora, ustedes intentaron

robarme hace años...

—Sí, y gracias a ti terminamos en un hospital con un tiro cada uno. Le dije a Roy que no debíamos confiar en ti de nuevo, que era imposible que un monstruo como tú cambiara —respondió ella, y agitó el cuchillo hacia adelante mientras Jean-Philippe se estremecía con sus palabras—. Es decir, mírate... Un hombre adulto, destrozado, un adicto de más de cien años con un talento inigualable que no ha aprendido una mierda sobre la vida. Podrías haber empezado de nuevo con nosotros, pero no, sigues siéndole fiel a la sociedad que te condenó. En el fondo, siento lástima por ti. Ellos solo te soportan porque dependen de tu elixir, pero eres tan ingenuo que los consideras tu «familia».

Mary lo miró con desprecio de arriba abajo, y Jean-Philippe sintió que esa dosis argumental era un puño que lo golpeaba físicamente en la cara. Él mismo se había preguntado muchas veces si era mejor huir y olvidarse de la sociedad que lo había tratado mal a pesar de ser su líder, pero siempre terminaba pensando en que habían tenido buenas razones para hacerlo y en que necesitaba estar cerca de la única persona que siempre había creído en él sin importar las atrocidades que había cometido.

Quiso que su mente no le siguiera recordando su pasado, tan horroroso, pero Mary no hacía más que reforzarlo.

—Eres débil —dijo, dando un paso al frente—. ¡Eres el mismo idiota que creía que lo amaban cuando lo engañaban frente a sus propios ojos! ¡El que asesinaba a otros por no poder lidiar con un desamor!

De pronto, Mary avanzó sin piedad con movimientos certeros, y lo único que pudo hacer él fue atraparle las muñecas con las manos para trabar aquel ataque. El cuchillo de cocina quedó a centímetros de su cuello, mientras ambos ponían todas sus fuerzas para moverlo en direcciones contrarias.

—¡Roy! ¡Roy, ven aquí! —llamó ella de pronto.

—No responderé —aclaró Jean-Philippe, respirando con dificultad mientras forcejeaban—. Roy está muerto. Yo puse una bala en su corazón, y no podrás revivirlo.

No pudo evitar sentir una mezcla de culpa y satisfacción al decirlo. El rostro de Mary se puso blanco, su cuello se movió dos veces como si tragara y su boca se abrió en un grito desahogado justo antes de que utilizara todas sus fuerzas para aproximar el cuchillo al cuello de Jean-Philippe. Él continuó empujando con la mirada sobre en el filo que se acercaba, pero cuando levantó la vista hacia su contrincante vio que una lágrima se deslizaba por su barbilla. Sintió pena por aquel dolor, pero no

lo suficiente.

Aplicó toda su energía de golpe, revirtiendo el ataque y haciendo que el cuchillo abriera un tajo en el hombro de la mujer. Ella chilló, entrando de espaldas en la cocina mientras se tomaba la zona que había empezado a sangrar. Jean-Philippe se agachó, tomó su arma y disparó dos veces, directo al pecho y al estómago de Mary. La vio retroceder con la boca abierta hasta que su espalda dio contra la alacena; ella levantó la mirada hacia él por última vez, como si no pudiera creer en aquel desenlace, y se desplomó.

Entonces sobrevino el silencio, y Jean-Philippe contuvo el aliento frente a lo que acababa de hacer. No quería pensar en lo mucho que había cambiado su vida en comparación a un siglo atrás. Estaba comprobado que la posibilidad de volverse inmortal terminaba volviendo loco a cualquiera: lo había visto en innumerables oportunidades y lo había experimentado en carne propia, cayendo en su propia trampa.

Sintió una oleada de profundo remordimiento y soltó el arma, que cayó al piso con un ruido seco. Él había creado el elixir llamado S-22 que guardaban en paquetes y en casas como aquella. Él tenía la culpa de todo, y no podía seguir viendo la sangre que brotaba del cuerpo de Mary. No cuando tenía escalofríos recorriéndole la espalda y el recuerdo latente de sus propias manos frotando un piso de madera para limpiar las pruebas del primer asesinato que había contemplado.

Se tomó la cabeza, intentando ordenar sus pensamientos. Cerró los ojos, tratando de controlar las palpitaciones, y diciéndose que no debía decaer. Solo unos segundos después, los murmullos internos comenzaron a desaparecer, se atrevió a enfocar la mirada en la cocina que lo rodeaba y algo le llamó la atención. Más allá de la barra para el desayuno y de unas sillas altas, asomaba un pie. Cuando corrió a dar la vuelta para mirar quién yacía allí, se le cortó la respiración. Gabrielle estaba inconsciente en el piso. El cabello castaño se le desordenaba bajo los brazos y tenía la piel pálida y sudorosa, como si hubiera... como si estuviera...

Horrorizado, Jean-Philippe aterrizó junto a ella con un patinazo. Cuando comprobó que ella aún tenía pulso, sacó su celular, marcó un número y la espera le pareció interminable.

—Necesito asistencia médica en la casa de Aberlady, ahora mismo...
—murmuró con la voz entrecortada cuando atendieron, y se guardó el aparato antes de levantarse.

Fue hasta la sala corriendo y regresó a la cocina con un paquete de S-22 en la mano, listo para hacer lo que debía. Lo abrió de un tirón y sacó la jeringa, el frasco de líquido celeste y la bandita elástica. Una vez armada la inyección de S-22, tomó el brazo de Gabrielle, le subió la manga hasta

el codo y se la aplicó con cuidado, sosteniendo el capuchón de la jeringa entre los labios para dejar salir la tensión al morderlo. Cuando hubo terminado, lo escupió y recostó la cabeza de Gabrielle sobre su regazo, como si ese contacto cálido tuviera la capacidad de curarla.

—Vamos, tienes que despertar. Por favor, despierta. Por favor —repitió una y otra vez, tratando de identificar cualquier indicio de mejora, pero no hubo reacción alguna.

De a poco, se le fueron acabando las palabras. Le acarició el rostro, haciendo su mayor esfuerzo por no perder los estribos mientras esperaba a que llegasen los refuerzos o la dosis hiciera su efecto.

Al final, la abrazó con el corazón latiéndole con fuerza dentro del pecho. Gabrielle era la última esperanza de cordura que le quedaba en la sociedad de inmortales que él mismo había fundado. Una sociedad que casi había logrado destruirlo, y con razón.

—Vamos, sígueme la corriente y brindemos —pidió Erica, y levantó su cerveza en el aire con una gran sonrisa, como buena anfitriona—. ¡Por los novios!

Sentado al otro lado de la barra, Adam levantó una ceja inquisidora.

—¿No crees que estamos especulando demasiado? —preguntó, porque hacía al menos diez minutos que discutían sobre el tema y ninguno de los dos cambiaba de opinión.

—Claro que no. Puedo olerlo...

—Mmm, no estoy tan seguro. Pero está bien que brindemos de todas maneras.

Haciendo una mueca, Adam levantó su gaseosa y la chocó con la cerveza de Erica. Mientras ambos bebían, el frío roce de la pistola oculta bajo la campera le recordó que no debía bajar la guardia, ni siquiera aunque el Benson's Pub estuviese lleno de gente esa noche, y eso lo hizo sentirse un poco triste. Reírse sobre los chismes del pueblo era una costumbre que siempre revivían cada vez que Adam regresaba a Aberlady. Era importante de vez en cuando darse cuenta de que, a pesar de los altibajos, podía haber razones para festejar.

—Adam, hablemos en serio —insistió Erica, inclinándose sobre la barra con los ojos entrecerrados—. Piénsalo por un momento. Joel y Gabrielle,

comprometidos. Casados. Enamorados. «Felices».

Adam tomó una bocanada de aire, imaginando a su hermana planificando la boda con Joel. La imaginaba discutiendo y tomando decisiones impulsivas mientras Joel le explicaba con paciencia y buenos argumentos por qué diablos lo que quería hacer era una locura. Podía verse a sí mismo a un costado, haciendo de árbitro entre los dos e intentando que todo llegara a buen puerto y que nadie terminara solo en el altar.

Suspiró, y se dio cuenta de que parte de esa sensación tenía que ver con la cercanía de Erica, con la forma en que el cabello ondulado y anaranjado le caía sobre los hombros y con sus formas femeninas y redondeadas. Pero lo peor era su mirada color miel, tan humana y malditamente cómplice que siempre conseguía atravesarlo por más que fingiera que no le afectaba en nada.

Erica era una mujer interesante..., pero no. Aunque soñar estaba bien, no podía dejarse llevar y cometer los mismos errores que otros. No podía ni debía intentar nada con ella, al menos hasta que pudiera quedarse tranquilo en cuanto a la seguridad de Gabrielle.

Se quedó absorto en esa reflexión y entonces notó que Erica aún lo observaba. Incómodo y muy consciente de sí mismo, frunció el entrecejo y se endrechó en su asiento al tiempo que Erica sonreía complacida.

—Lo sabía. Esa idea te encanta —concluyó ella—. Ahora ya te pusiste en modo gruñón de nuevo, pero antes te veías contento, y eso es inusual. Tienes una linda sonrisa. Deberías dejar que la vieran más seguido.

Adam apretó los labios y asintió. Apenas había comenzado a trazar círculos con su gaseosa sobre la barra de madera cuando le pareció escuchar su nombre a sus espaldas junto al de Erica y la palabra «saliendo». Se volteó un momento, incrédulo, hacia las mesas donde la gente comía papas fritas mientras cuchicheaba y los miraba.

—¿Qué pasa? Erica, ¿están hablando sobre nosotros?

En un santiamén, ella se estiró muy derecha donde estaba, y les gritó a sus propios clientes con cara de pocos amigos.

—¡Hey! ¿Les parece que hay algo sobre lo que chismosear?

La gente dejó de hablar de repente. Sin embargo, un hombre de cabello enrulado y que llevaba una camiseta de los Guns N' Roses se paró en donde estaba y le preguntó:

—Vamos, Eri. ¿Cuándo lo van a hacer oficial?

—¡No hay nada que anunciar! —dijo Erica, y pareció que la cuestión le divertía más de lo que le molestaba. Los demás la escuchaban atentamente.

—Pero ya perdimos la cuenta de cuándo fue la última vez que tuviste una cita, y menos fuera de los confines de Aberlady.

Hubo un murmullo a su alrededor al tiempo que la gente asentía. Adam se hubiese sentido intimidado ante aquella presión colectiva, pero Erica descansó una mano en su cadera y, con mucha tranquilidad, expresó:

—Me conoces, Barry. Si estoy con un hombre, no es porque lo necesite, sino porque quiero. Y el día que eso suceda de nuevo, serás el primero en enterarte. ¿Trato hecho?

—¡Más te vale! —exclamó Barry levantando un puño en el aire, como si le enviara fuerzas amorosas positivas con ese gesto.

—¿Todo aclarado? —dijo Erica, mirando las demás mesas, y palmeó dos veces—. Vamos, ahora vuelvan a comer, que las papas se enfrían.

Dando por terminado el asunto, los hombres y mujeres de las mesas retomaron su comida y sus cervezas. Adam se volvió hacia Erica e hizo una mueca.

—La imaginación de Barry es un poco difícil de controlar —comentó, porque Barry siempre había tenido muy poco que hacer y se dedicaba a hablar a expensas de los demás.

—Sí, y como dueña de este pub, me reservo el derecho de aclarar estas cosas como se me dé la gana. —Erica suspiró—. Ya sabes que a la gente le divierten los rumores.

—¿Como los rumores de boda? —aventuró Adam, lanzando una indirecta que ella captó de inmediato, a juzgar por la manera en que entreabrió los labios e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Sé sincero. ¿Para qué otra razón podrían haberte sacado de tu trabajo tan importante en Edimburgo y pedirte que vinieras aquí en medio de la noche? Además, esa historia tiene buenas fuentes. Joel y Gabrielle han estado paseando por aquí toda la semana y disfrutando de sus vacaciones, pero a él lo han visto preguntando en la única joyería por anillos de compromiso.

Adam casi se atraganta al tomar un sorbo de su gaseosa. Tosió por un instante, se limpió la comisura de los labios con la mano y se inclinó hacia

adelante.

—Estás bromeando.

Ella se encogió de hombros.

—Pregúntale a la señorita Gibbs. Tiene setenta y cuatro años y le ilusionan mucho los casamientos, le encantará contarte la anécdota. Si tienes un par de horas libres, claro está.

Erica bebió su botella, y Adam se quedó pensativo. No había sabido casi nada de Gabrielle y Joel durante la última semana porque estaban de vacaciones y, a decir verdad, hasta la manera en que Joel le había solicitado su presencia había sido sospechosa. «Ven a Aberlady lo antes posible. No puedo adelantarte nada por teléfono, pero es por una buena razón. Avísame si no puedes llegar». Le había dejado ese mensaje a Adam hacía apenas dos horas, justo cuando él estaba listo para retirarse de la oficina bastante pasado el horario de salida y con varias teorías conspirativas en la cabeza.

—Mierda... No puedo creerlo —concluyó, y enarcó las cejas.

—Pues créelo. Ah, espera. —Erica se volvió hacia los estantes a sus espaldas, donde descansaban las bebidas que se vendían en el pub. En cuestión de segundos estaba regresando con Adam y le entregaba una bolsa que contenía una botella—. Lo menos que puedo hacer es enviarles un buen whisky escocés en honor a estas tierras... Y me ofendería mucho que no lo celebraran aquí, sin mencionar que sería buena idea que se mudaran a estos pagos. Hasta podría regresar ese amigo tuyo tan excéntrico, Michael. Siempre me cayó bien, y hace falta un poco de desfachatez por aquí.

El comentario tomó a Adam por sorpresa, aunque no tanto. Siempre se había llevado bien con Erica, pero sabía que verla todos los días podía convertirse fácilmente en una tentación.

—Sí, pero tengo mucho trabajo... —explicó, tratando de sonar normal a pesar de que ese tipo de situaciones que lo ponían bajo la lupa le causaban algo de ansiedad—. Aberlady es agradable, pero viajo seguido y nunca puedo quedarme en un solo sitio.

—Como siempre.

Se miraron por un momento en silencio, como si hubiese un acuerdo tácito entre ambos. Él nunca había durado demasiado tiempo en Aberlady, siempre terminaba trasladándose aquí y allá. Lo suyo, fuera lo que fuese,

no podía ir más allá de una amistad circunstancial. Aunque doliera.

—Sí... como siempre —repitió Adam, y bajó la mirada hacia la barra—. De hecho, debo regresar a Edimburgo por la mañana. —Cuando sus ojos volvieron a cruzarse con los de Erica, notó que ella suspiraba, como intentando quitarle importancia al asunto, aunque era obvio que le había molestado.

—Hubiera sido bueno tenerte por aquí... Creo que voy a extrañar oír ese acento mitad inglés, mitad escocés.

Ella sonrió con tristeza, y una chica con una gorra se aproximó para pedirle algo en la barra. Erica asintió, volviéndose hacia las botellas detrás de ella, y Adam se la quedó mirando mientras descorchaba una sidra. Aquel acento que ella había descrito era una de las cosas que Adam había decidido guardar en honor a su madre, a conciencia.

Si tan solo pudiera.

Mientras daba golpecitos a su gaseosa con las puntas de los dedos, pensó en cómo animar a Erica sin darle falsas esperanzas y en cómo combatir la electricidad que sentía entre los dos cuando hablaban, pero no llegó a hacer nada. Su teléfono celular comenzó a vibrar en su bolsillo, y frunció el entrecejo cuando vio que se trataba de un mensaje de una persona que no solía enviarle buenas noticias.

«Ataque en la propiedad de Aberlady. La ayuda ya está en camino. Dimitri».

Por un instante, Adam se quedó en blanco. Gabrielle y Joel estaban pasando sus vacaciones en ese mismo lugar.

Se levantó de un salto y corrió hacia la salida. En un santiamén se subió a su Polo, que estaba estacionado a unos pocos pasos de la puerta, entre otros vehículos junto a la carretera. Apretó el acelerador haciendo rugir el motor, condujo unos pocos metros y, aunque llamó varias veces a su hermana, no recibió respuesta. Maldijo al dar un volantazo en una curva, imaginando la casa de vacaciones en llamas. Sin embargo, cuando al cabo de unos minutos divisó la silueta de la vivienda, temió que Joel y Gabrielle se encontraran en otro sitio: la zona, algo apartada y con pocas casas similares alrededor, estaba envuelta en un extraño silencio.

Aparcó arrancando tierra bajo las ruedas y abrió la guantera para sacar cargadores adicionales. Preparó la pistola que llevaba y salió del auto lo más rápido que pudo. La luz de afuera de la casa estaba encendida, pero la puerta principal estaba entreabierta. Cuando la empujó, apenas con el arma en alto, pudo observar signos de pelea: almohadones tirados en

cualquier parte, muebles rotos, cuadros torcidos...

Había un cadáver sobre un charco de sangre, echado sobre un montón de paquetes de S-22 y con un bolso al lado. Se le aceleró la respiración: si Roy Sullivan estaba ahí, tirado en medio de la sala, entonces algo muy malo estaba sucediendo...

—Está muerto —dijo alguien entonces.

Adam se volvió hacia esa voz grave, sabiendo que pertenecía a Joel. Lo vio en una esquina de la sala y corrió hacia él.

—Es increíble. ¿No lo habían matado hace años? —murmuró, examinándole las heridas del brazo y la cabeza—. ¿Estás bien?

—No te preocupes por mí, ya me inyecté —explicó Joel, apartando el brazo, y tomó a Adam por el cuello de la campera—. Pero aún no puedo moverme demasiado. Gabrielle está en la cocina, Jean-Philippe le llevó una dosis. Tienes que ir a verla y decirme cómo está.

Cualquier otra persona se hubiera aliviado, pero Adam se puso en alerta. De inmediato se encaminó hacia la cocina con su arma y, después de lo que pareció un tramo interminable, llegó a la entrada. Desde allí, observó que el cuerpo de Mary Sullivan descansaba contra la alacena y sobre una mancha de sangre como la de Roy.

Se oyó un murmullo, y Adam se preparó para enfrentarse una vez más a su peor pesadilla. Entró a la cocina, rodeó la barra del desayunador y halló a Jean-Philippe Dubois de rodillas sosteniendo en su regazo a Gabrielle, que estaba inconsciente. No solo le decía palabras de aliento mezcladas con sollozos fingidos, sino que la melena de él rozaba la mejilla de ella, y sus brazos la rodeaban como si quisieran atraparla para siempre. Adam no tardó en reaccionar. Levantó su pistola al instante, con el estómago revuelto luego del shock inicial.

—Aléjate de ella —ordenó, sintiendo la tensión de su propio cuello al tragar.

El malnacido levantó la mirada con una expresión que era mezcla de preocupación, dolor y sorpresa. Jean-Philippe realmente era un gran actor, eso estaba claro. Maldito fuera el momento en que, víctima de la desesperación, Adam había terminado formando parte de la sociedad.

—La salvé... o al menos lo intenté —dijo Jean-Philippe, agitado y con la camisa entreabierta, lo cual solo empeoraba la escena—. Hice todo lo que pude, pero no despierta... —agregó, volviendo a acariciar el rostro de

Gabrielle.

—Dije que te alejes —repitió Adam, concentrado en ese contacto tan mínimo, que le generaba tanta rabia.

—No importa si me crees o no, la evidencia probará que fui yo quien mató a los Sullivan y protegí a Joel y a Gabrielle...

—¿Protegerlos? —repitió Adam, sin creerle—. No. ¡Seguro tú fuiste quien los trajo aquí! ¡Muévete a un costado, ahora!

Hubo un ruido fuerte y, de los nervios, Adam apenas se percató de que había disparado. Jean-Philippe, que se había acurrucado sobre Gabrielle como un escudo, se volvió hacia la ventana detrás de él, donde la bala había despedazado el vidrio.

—Vete de aquí... No lo repetiré —le advirtió Adam una vez más, sabiendo que aquel disparo le iba a costar caro pero que no se arrepentía de sus acciones.

—¿Qué estás haciendo? No seas estúpido... ¿Quieres que no haya más S-22? ¿Estás dispuesto a arriesgar que Gabrielle muera, o que no podamos curarla si alguien le hace daño? ¿Eso significa cuidarla para ti? —soltó Jean-Philippe entre dientes, adoptando una expresión de irritación que para Adam demostraba a la perfección lo peligroso que había sido en sus peores épocas—. Yo la salvé —clarificó una vez más, haciendo hincapié en cada palabra—. Y deberías agradecermelo.

Adam observó cómo Jean-Philippe se inclinaba de nuevo sobre Gabrielle, apretándola a su cuerpo.

—¡Déjala en paz! —gritó Adam como un desquiciado y comenzó a apretar el gatillo otra vez, pero entonces sintió un golpe atrás, muy fuerte, y todo se volvió oscuro.

Capítulo 2

2

Suspiró intentando mantener los nervios a raya, pero fue muy difícil. Adam entrelazó los dedos de las manos, estrujándolos, y repasó los hechos en detalle. Lo último que recordaba antes de despertar en esa silla y en ese despacho era que no le había dado con la bala a Jean-Philippe y que alguien lo había noqueado en la cocina. No tenía que pensar mucho para saber quién lo había dejado inconsciente, y conocía de sobra la secuencia de acciones que se habrían tomado para borrar la evidencia una vez lo habían quitado del medio: acomodar los cuerpos, revisar efectos personales, rociar todo con gasolina y encender un fósforo para terminar. A estas alturas, la casa de Aberlady debía haber sido consumida por las llamas mientras los habitantes del pueblo se preguntaban qué diablos había pasado allí.

Tal vez Erica pensaría que había muerto. Eso lo haría todo más sencillo. Solo tenía que evitar el pueblo por un largo tiempo, y luego ella se casaría, formaría una familia y se olvidaría de él. Adam sintió un sabor amargo en la boca y se acarició la nuca, que todavía le dolía. Seguro le habían pegado con la culata de un arma...

Entonces la puerta detrás de él se abrió y Dimitri entró con su campera de cuero en una mano y una carpeta en la otra. Adam se levantó al instante de su asiento, desesperado.

—Dime que Gabrielle está bien. ¡Por favor!

—Se encuentra algo golpeada —explicó Dimitri, haciéndole un gesto para que se calmara—. Solo hizo falta una dosis ínfima de S-22 para regenerar sus tejidos.

Eso no lo tranquilizaba. Adam se sentó y suspiró con pesadez. Gabrielle había tenido suerte en salir viva de allí.

—Tu hermana es fuerte —murmuró Dimitri.

—Sí, eso le gusta creer —aclaró Adam—. Quiero verla.

Clavó los ojos en su interlocutor, quien se colocó la campera, se sentó y le devolvió una de sus típicas miradas gélidas desde el otro lado del escritorio. Aunque Dimitri había construido una imagen de sangre fría, sus emociones salían a la superficie cuando se encontraba en confianza. Silencioso, observó a Adam de arriba abajo y se pasó una mano por la

cabeza calva antes de responder.

—Todavía no. Y deberás esperar afuera que ella salga de su entrevista. Estás demasiado exaltado.

Adam no podía creer lo que escuchaba.

—¿En serio? Estaba en el Benson's Pub y, de pronto, sonó mi teléfono. «Ataque en la propiedad de Aberlady. La ayuda ya está en camino. Dimitri». ¿Qué se supone que iba a hacer cuando viera tu mensaje? Sabías que saldría corriendo para allá y que me desesperaría. Vamos, no puedes hacerme esto. Quiero ver a Gabrielle.

—Lo siento. Tienes que respetar a la persona que tiene el poder de dejar que salgas por esa puerta o no.

Había señalado la salida, y su referencia era literal. Dimitri era una de las pocas personas por las que todos debían pasar, sin excepción, para hablar después de un hecho traumático para evaluar su estado mental y continuidad en la sociedad. Debido a su afinidad, Adam tenía el privilegio de tenerlo casi siempre de entrevistador. Dimitri no le tomaba declaración en el otro cuarto del piso, ese que parecía más una sala de interrogatorios que cualquier otra cosa, sino que lo hacía en su propio despacho, aunque pudiera causarle problemas más tarde. Había gente que lo acusaba de no ser objetivo, y a veces Adam creía que estaban en lo cierto, pero no podía negarse a recibir su ayuda.

Adam se apoyó contra el respaldo de la silla. Se sentía atado: atado a la vida en la clandestinidad, a quienes debían saber sobre cada uno de sus movimientos, a la impulsividad de su hermana, a las evaluaciones psicológicas constantes, a la preocupación que lo carcomía casi todo el tiempo, y hasta a aquellos que tenían la libertad de inmovilizarlo para traerlo a la oficina como si fuera un recluso o un paciente de un manicomio. O un poco de ambos, si se ponía a pensarlo.

—Lo estás haciendo de nuevo —dijo Dimitri, sacándolo de su ensimismamiento.

—¿Qué?

—Tus dedos.

Adam siguió la mirada de Dimitri y se encontró con que estaba dando golpecitos entre sus pulgares, con las manos entrelazadas. Se detuvo de inmediato y trató de contener su irritación.

—Casi matan a varias personas, y tú te preocupas por un tic.

—Estoy preocupado por ti.

—Y yo porque Roy y Mary Sullivan estaban en la casa. Se supone que llevan muertos más de treinta años. Tú los mataste. Está registrado en el Historial, y resulta que es mentira.

La incomodidad de Dimitri era casi palpable, y no era para menos. El Historial era un documento cuidadosamente construido en el que se tomaba nota de todos los acontecimientos relevantes para la sociedad.

—Necesito respuestas, no silencios —insistió Adam con firmeza. Apenas podía consigo mismo cuando su genio se descontrolaba—. ¿Casi matan a mi hermana, que es la única familia que me queda, y no tengo derecho a saber por qué? ¿Con quién debería hablar?, ¿con el Directorio?

—Sabes que eso no es posible, por razones de seguridad.

—¡Ah, fantástico! —exclamó Adam, al tiempo que el sarcasmo se apoderaba de su lengua—. Bien, cuando los veas tú, dales un mensaje de mi parte: que se vayan a la mierda.

—Adam...

—¡No, nada de «Adam» en ese tono! Me estás negando información y sabes perfectamente que, si Jean-Philippe estaba en esa casa, es por Gabrielle, como siempre. Está obsesionado con ella. La desea y, por más que lo niegue, hará lo que sea para tenerla. No pienso permitirlo.

Dimitri pareció estar maquinando una buena respuesta, pero al final sacó de su cajón un libro de cubierta roja y lo puso sobre la mesa. Era el primer tomo del Historial.

—A pesar de los registros en los que tanto he trabajado —explicó, dado que él había escrito gran parte de ellos—, debo confesar que son... inexactos.

—Sí, como mínimo —comentó Adam, pero cuando Dimitri le lanzó una mirada fulminante se quedó callado.

—Yo fui quien los encontré robando el elixir en ese entonces, yo los detuve. Esa parte es verdad. Lo que nadie sabe es que, cuando se los llevé a Jean-Philippe a su despacho, me pidió que los llevara lejos y que coordinara el traslado de la sociedad a una nueva ciudad. Quería que los Sullivan no pudieran encontrarnos nunca más. Sin las dosis diarias de S-22, como ya sabemos, en menos de tres días sus órganos dejarían de funcionar y morirían arrepentidos de haber traicionado a quien les había

dado todo. Sí, eso dijo Jean-Philippe frente a mí y frente a ellos..., pero inmediatamente después sacó un revólver y les disparó. Ocurrió de la nada, como si lo hubiera dominado un impulso. —Dimitri negó con la cabeza—. Estaba en una mala noche, de esas que lo aturdían, lo desestabilizaban y lo dejaban deprimido al día siguiente por ponerse a recordar su pasado. En todo caso, luego de dispararles, sonrió como si matarlos le causara satisfacción...

Se interrumpió, y no era para menos. Todos los que habían sido testigos de los arranques de locura de Jean-Philippe decían que podía ser muy benevolente y comprensivo en un momento, para convertirse en un ser violento un instante después. Por alguna razón Adam imaginó a Jean-Philippe en estado de desesperación, con la melena revuelta, los ojos rojos, los labios formando una sonrisa y un revólver que echaba humo sobre un escritorio después de matar.

—Saqué a Mary y a Roy de su despacho mientras sangraban. Le aseguré que estaban muertos y que dejaría sus cuerpos en donde no llamaran la atención —siguió Dimitri—. Pero mentí. En realidad, estaban inconscientes y con heridas graves, pero vivos. Los llevé en mi auto hasta la entrada de un hospital... Eran muy unidos a pesar de su carácter y de sus intenciones, y no creí que merecían que se los desechara como si fuesen basura. Al menos si los médicos los cuidaban, podrían pasar juntos sus últimos días. No supe más de ellos; pasado un tiempo asumí que habían muerto por la abstinencia, y cambié un poco lo que había pasado para escribirlo en el Historial. En todo caso, me dediqué a mudar la sociedad a Londres y luego a París, y más tarde de regreso a Edimburgo. —Cansado, se acomodó en su asiento—. Me llevé una sorpresa cuando hace unas semanas Roy y Mary aparecieron en una de las grabaciones de las cámaras de seguridad de nuestras propiedades. Eso explicaba por qué hace tanto que desaparecen muestras del S-22 todas las semanas. Jamás imaginé que ellos habían logrado sobrevivir. Aún no sé cómo lo hicieron.

Sentado frente a Adam, Dimitri lucía un tanto demacrado, y el cuello se le movía a medida que tragaba saliva intentando recomponerse. Adam se preguntó si los Sullivan sabían lo que Dimitri había hecho por ellos. Probablemente no. Lo vio levantar la mirada.

—No estoy orgulloso de mis acciones, pero en esos momentos Jean-Philippe tenía el poder absoluto sobre todo lo que ocurría, sin importar quién estuviera en desacuerdo. Creaba el S-22 y nos tenía a todos a su merced. No se pensaba en crear nada parecido al Directorio para controlar la sociedad, mucho menos a él. Ni por asomo. Pero supongo que las cosas cambian.

Era cierto. El tiempo había demostrado que Jean-Philippe era capaz de cosas terribles, y la sociedad había tenido que tomar medidas para

contenerlo. Había creado el Directorio, que era neutral y debía mantener la estabilidad y la supervivencia de sus miembros. Este órgano era el que había aislado a Jean-Philippe durante un tiempo prolongado, pero sin que dejara de producir S-22, con la esperanza de que se reformara. Adam nunca había comprendido por qué de repente, hacía poco tiempo, Jean-Philippe había sido liberado para emprender una misión. Desde entonces, no se había sabido mucho de él.

—Entonces, la misión secreta de Jean-Philippe... tenía que ver con los Sullivan —dijo, atando cabos.

Dimitri asintió.

—El Directorio le dio la oportunidad de ir por ellos y eliminarlos, como forma de probar que había cambiado.

—Sí, claro. No solo estoy seguro de que no puede ser otro tipo de persona, sino que me preocupa que hayan decidido enviarlo de cacería cuando es nuestra única fuente de S-22. Nadie más ha conseguido recrear el elixir. ¿Y si lo mataban?

—Jean-Philippe estaba teniendo buenos resultados en el tratamiento. Incluso su entrenamiento requirió solo seis días.

—¡Seis días! —Adam repitió, incrédulo—. ¿Dos décadas encerrado en la habitación de aquí arriba, la mitad de eso con electroshock, y sale solo con un arma en menos de una semana?

Hizo un gesto hacia el piso superior, donde Jean-Philippe había cumplido gran parte de su tiempo en el encierro. Realmente era impensable que se hubiera recuperado en seis días considerando el estado en el que quedaba después de cada sesión, hecho una madeja sobre la cama, acurrucado, sudoroso y confundido. La terapia con Dimitri era desgastante, pero cada vez que la máquina de electroshock salía de ese cuarto, no se oía nada de Jean-Philippe al menos por las siguientes doce horas.

—Presentó un plan convincente y pasó todas las pruebas —insistió Dimitri con calma, como reforzando un discurso—. No me gusta, pero tampoco puedo cuestionar al Directorio. El objetivo subyacente también era salvaguardar la integridad del Historial, donde se había registrado la muerte de Mary y de Roy. Es una de las pocas cosas en las que se debería poder creer ciegamente.

Adam se quedó mirándolo, tratando de seguirle el hilo.

—Entonces, matar a los Sullivan permitió ocultar que cometiste errores a

propósito en el Historial.

—Ya me he llevado mi reprimenda. Y se trata de «errores» en pos de un bien mayor —declaró Dimitri, como dando punto final a la conversación al respecto.

Adam sintió un pequeño puntazo en el pecho: una mezcla de remordimiento y rencor. Era una combinación que no le gustaba, pero con la que había aprendido a convivir. Sobre todo, cuando le echaban en cara que se quejaba de conspiraciones pero que él mismo participaba de algunas de ellas a conciencia.

—¿Qué pasará con Jean-Philippe? —quiso saber, dejando atrás el tema de las especulaciones.

—El Directorio analizará su situación y definirá su futuro. Sería lógico que le otorgaran un tiempo de reflexión en su viejo cuarto de reclusión. Solo hay un hecho indiscutible: fue su arma la que mató a los Sullivan en la casa de Aberlady.

Adam recordaba a la perfección cómo Jean-Philippe había defendido esa versión, pero no podía creerlo. No quería hacerlo.

—No —dijo, pinchándose la nariz—. Imposible. Tiene que haber sido Joel, o Gabrielle antes de que la golpearan.

—La evidencia es concluyente. Aunque suene increíble, Jean-Philippe hizo algo bueno y los protegió —murmuró Dimitri y su voz tenía un dejo de malestar—. Adam, tienes que aceptarlo por una vez, no cometer tonterías como tratar de matarlo.

—Tú no entiendes. Tenía a Gabrielle en brazos...

—Podría estar besándola si quisiera, pero no puedes ponerle un dedo encima. Sabes bien que son órdenes del Directorio y, sin embargo, te encontraron con una pistola cargada en la mano y una bala que tú disparaste. ¿Entiendes lo que hubiera pasado si le dabas? Incluso por error, hubiera sido el fin del S-22. —Una arruga se le dibujó en la frente a Dimitri, y de pronto pareció un poco más viejo que los cuarenta y tantos años que llevaba encima—. Casi te llevas a toda la sociedad contigo. Casi hieres de muerte a Jean-Philippe Dubois y nos matas a todos...

—«Casi». Esa es la palabra clave —puntualizó Adam—. ¿Y qué es este doble estándar moral que me lanzas? Yo no puedo dispararle por nada del mundo, ¿pero otros sí pueden encerrarlo y torturarlo o enviarlo a una misión con poco entrenamiento y el cerebro frito? Te juro que no entiendo

la lógica del Directorio.

—Aun así, no puedes hacer lo que hiciste. ¿Está claro?

Adam apretó los apoyabrazos de la silla, con una rabia que luchaba por salirse del pecho.

—Está claro, pero lo detesto. Detesto todo esto. Depender de Jean-Philippe, de lo que hace. De verdad quisiera...

—Volver el tiempo atrás, es obvio. Pero no se puede. Tú elegiste formar parte de esta sociedad, al igual que los demás.

Ya sin argumentos, Adam cerró los ojos con fuerza y recordó el loco momento en que había firmado el contrato.

—Fue por necesidad. No entendía lo que significaba —dijo.

—Ninguno de nosotros lo sabía en ese entonces.

Ambos meditaron, y Adam dijo, apesadumbrado:

—Dimitri... Sé que muchas veces sueño como un desquiciado y que muchos piensan que lo estoy, pero tú me tomas en serio, ¿verdad? No importa cuánto discutamos estas cosas, me crees. No importa cuál haya sido su tratamiento, Jean-Philippe sigue siendo una persona inestable y, tarde o temprano, explotará y arrastrará a otros hacia su propia locura, como lo ha hecho siempre. —Tragó saliva—. Ha cometido los crímenes más atroces de esta sociedad dejándose llevar por sus impulsos. Puede ser el único capaz de crear S-22, puede que lo necesitemos para sobrevivir, pero no puede estar por sobre las reglas.

Sabía que se repetía a sí mismo en ocasiones, pero los aliados para desenmascarar a Jean-Philippe no eran fáciles de encontrar en un sitio en donde todo se iba al demonio sin él. Dimitri asintió con preocupación y respondió:

—Siempre he estado de acuerdo contigo. Nada ha cambiado. Pero quiero que te mantengas tranquilo, porque hay que tener paciencia. Tienes que concentrarte en Gabrielle y en Joel... y también en Papá Michael, que está en la enfermería.

Adam frunció el entrecejo al oír ese nombre.

—¿Michael? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

Serio, Dimitri abrió la carpeta con la que había entrado. Adam reconoció de inmediato las fotos del interior de la casa de Aberlady. Había de Mary y

de Roy muertos, una de Joel tomándose el brazo, otra de Gabrielle inconsciente, la suya propia en el piso luego de que lo habían golpeado... y, por último, la de un hombre tirado en una cama. Llevaba un traje negro que estaba manchado de sangre, como las sábanas a su alrededor. Su piel oscura estaba cubierta de una fina capa de sudor, la única señal de que aún estaba vivo.

—Lo encontramos en la habitación. Parece que él también estuvo ahí y peleó contra los Sullivan —explicó Dimitri—. Hubo que aplicarle varias dosis de S-22. Perdió mucha sangre, pero debería despertar pronto. Por lo pronto está estable.

Adam no pudo decir palabra alguna mientras Dimitri sacaba del cajón del escritorio un talonario de papeles amarillos. El terapeuta tomó un bolígrafo y escribió «Adam Levingston» en la ficha. Luego siguió garabateando mientras hablaba.

—Este es mi diagnóstico oficial: sufriste un colapso nervioso debido al escenario violento que afectaba a la integridad física de tu hermana. Te tomarás dos semanas de vacaciones obligatorias para descansar y recuperarte, y solo después podrás regresar a tus actividades diarias. Eso es todo.

Firmó el papel al final y luego volvió a sacar algo del mismo cajón de antes. Esta vez se trataba de un paquete de plástico transparente que contenía un frasquito de líquido celeste con una jeringa y una bandita, igual al que los Sullivan habían intentado robar. Sin embargo, Adam no hizo ademán de aceptarlo. La dosis de S-22 quedó en la mesa, a media distancia entre ambos.

—El golpe en la cabeza no es nada —se justificó.

—Lo sé. Esta es tu dosis diaria. —Dimitri desplazó el paquete un poco más cerca de Adam en el escritorio—. ¿Quieres proteger a Gabrielle? Entonces tómala. Es la única forma.

Adam detestaba aquella porquería, pero sabía que era cierto: se trataba de un mal necesario que lo acompañaría por el resto de sus días si pretendía evitar la muerte. Cuando vio que Dimitri sacaba otro paquete del cajón y se remangaba la camisa, tomó el que había quedado sobre el escritorio de mala gana. Ambos armaron las dosis casi a la vez bajo una atmósfera de resignación. Al final se llevaron la jeringa al brazo y se inyectaron en silencio. A esta altura debían tener la piel llena de pinchazos, pero como el S-22 regeneraba tejidos y órganos con rapidez, conseguía disfrazar lo de que de otra forma hubiese sido tildado por cualquier experto como una adicción grave a los estupefacientes.

Cuando acabaron, Dimitri asintió y arrojó lo que había quedado de los paquetes a la basura. Al regresar, tomó el papel amarillo, fue hacia la salida de su despacho y le hizo un gesto a Adam para que se acercara.

—Alexander te acompañará —murmuró, y abrió la puerta.

El joven Alexander había estado aguardando al otro lado. Era uno de los dos expertos en seguridad que quedaban en la sociedad y se dedicaba también a hacer desaparecer cadáveres cuando alguien desobedecía las reglas. Sin embargo, era difícil de odiar, con sus ojos vivarachos y su actitud cálida, propia de alguien que podía sentir compasión. Dimitri le entregó el papel y los despidió.

Así, Alexander y Adam emprendieron la marcha. Al llegar a las escaleras, Adam pasó junto a la biblioteca, una pequeña habitación repleta de tomos de color que correspondían a obras sobre psicología, geografía, historia, literatura y ciencia. Le molestaba estar cerca de allí, considerando que Jean-Philippe había sido un ávido lector durante las dos décadas que había pasado encerrado en la habitación del piso superior.

Bajó las escaleras junto con Alexander. Aunque el trabajo de este también consistía en evitar que la gente se escabullera, solía ir a la par de sus acompañantes como un colega más.

—Lamento haberte golpeado —dijo, con una pequeña sonrisa a modo de disculpa, y se retrasó un instante, como si analizara algo en la cabeza de Adam—. Mmm. Tu nuca no se ve bien.

—Acabo de inyectarme. Sobreviviré —respondió Adam, sin mirar atrás. Sintió que el otro lo alcanzaba con rapidez de nuevo.

—De todas maneras, lo siento. —La pena de Alexander era palpable en su voz trémula—. Ni bien te vi con el arma en la mano, tuve que dejarte inconsciente. No tuve otra opción. Parecías... fuera de ti. —Hizo una pausa—. Quisiera entender. Yo nunca he tenido una relación muy cercana con Jean-Philippe, pero siempre recuerdo que, si estoy aquí, vivo y joven en lugar de viejo y enterrado, es por el S-22 que él creó. Para mí, eso es suficiente. Nunca me atrevería a hacer nada contra él.

—Me alegro por ti —respondió Adam, sin mirarlo mientras apuraban el paso—. Ojalá pudiera verlo de la misma forma..., pero no puedo, y quizás algún día te pase lo mismo.

Se detuvieron al final de las escaleras y el joven lo contempló, apesadumbrado. Adam no pretendía ser duro, pero todavía había personas nuevas como Alexander que seguían embelesadas con la perspectiva de vivir para siempre, y no tenían idea de lo frágil y sombrío que eso podía llegar a ser. Estaba a punto de darse la vuelta cuando

Alexander lo detuvo.

—Puedo llevarte con Papá Michael si quieres.

—Pero se supone que debo esperar a Gabrielle afuera —dijo Adam. Alexander solo se llevó las manos a la espalda y se encogió de hombros.

—¿Y qué? De todas maneras, no se le tomará declaración.

Miraba a Adam con una intencionalidad cristalina, como si deseara ofrecerle algo bueno para compensar cómo lo había tratado, y Adam asintió. Alexander lo acompañó hasta una puerta precedida por una pequeña y horrible alfombra azul, y le hizo un gesto para que avanzara a su lado. Adentro, Adam se encontró con una habitación dividida en secciones por barrales con cortinas blancas, cada una de esas áreas podía albergar a un miembro agonizante de la sociedad.

Alexander fue hasta el final de la enfermería y describió la última cortina para descubrir la cama en la que yacía Papá Michael, acostado sobre un costado del cuerpo y dándole la espalda. Era increíble pensar que el tipo herido y rodeado de sangre de la fotografía era el mismo que parecía dormir plácidamente, casi roncando, como si nada hubiera pasado.

—Te esperaré afuera —dijo Alexander, y se retiró sin más.

Una vez solo, Adam quiso rodear a Papá Michael para intentar ver su rostro, pero entonces notó que en el pequeño pasillo que quedaba entre la cama y las cortinas, había una silla. Alexander había sido quien seguramente había colocado allí las ropas de Papá Michael, limpias y dobladas con cuidado. Adam se aproximó y tomó el sombrero que descansaba por sobre las prendas. Al tocarlo, sintió que cuidar de ese objeto era la primera cosa buena que había hecho en las últimas horas.

—¿Qué diablos hacías en Aberlady? —dijo una voz ronca detrás de él, y se sobresaltó.

Adam se volvió lentamente hacia Papá Michael, que ahora estaba sentado en la cama con expresión soñolienta.

—Lo mismo podría preguntarte a ti —replicó—. ¿Estabas haciéndote el dormido?

—¿Eso qué importa? —murmuró el otro, hasta que Adam levantó una ceja—. Bien, bien. Desde hace un rato. Y en cuanto a la otra pregunta que sé que vas a hacerme, fui a la casa de Aberlady porque Joel me dejó un mensaje. Dijo que era...

—Algo importante. Sí, a mí también me pidió que fuera. Nunca supe para qué y, cuando llegué, ya era todo un maldito desastre... —Adam se dio cuenta de que estaba estrujando un poco el sombrero y se sintió culpable. Se lo ofreció a su dueño sin pensarlo dos veces—. Lo siento.

—Gracias. —Papá Michael tomó su sombrero y lo observó de cerca, sacudiéndole algunas partículas que solo él podía identificar—. Maravilloso. Mis pertenencias han sido completamente manoseadas. Suena bastante inapropiado, ¿no crees? Los artículos personales deberían ser eso, «personales».

—Renunciamos a la libertad de opinar sobre eso hace mucho tiempo, por si no te acuerdas. Hasta tenemos escolta —murmuró Adam, que desde donde estaba podía ver a Alexander parado afuera junto a la puerta.

—Hey, no te metas con él. Al menos es cordial, dedicado...

—Sí, pero mata a quien le ordenen. A mí me golpeó, así que creo que tuve suerte.

—¡Pero es tan considerado el resto del tiempo...!

Se miraron el uno al otro con cierta complicidad y Adam soltó un resoplido. Algo le llamó la atención al reparar en las piernas de Papá Michael colgando de la cama.

—¿Medias amarillas? ¿En serio? —preguntó, señalándole los pies. La combinación entre la piel oscura y el color estridente no hacía más que resaltar la diferencia de tono.

Papá Michael hizo un gesto, como si nadie entendiera nada.

—Se llama tener estilo, ¿sabes?

—Tal vez en los setenta.

—Podrías aprender un poco. Te ayudaría con las mujeres.

—Estoy bien así, gracias —aseguró Adam, acordándose de que no volvería a ver Erica nunca más.

—Sí, sigue diciéndote eso. —Papá Michael se puso de pie para ir a revolver la pila de ropa que estaba en la silla—. Imagino que ya sabes lo que pasó en la casa. Roy y Mary nunca murieron. El Historial miente. ¡Todo está al revés! —dijo, gesticulando con exageración—. Ojalá pudiera decir que esto no es normal...

Adam lanzó un suspiro, porque Papá Michael tenía razón.

—Resultó que eran los ladrones de S-22 que han estado atacando casas de la sociedad. La misión de Jean-Philippe consistía en hacerse cargo de ellos, pero salió mal. Y, aun así, eso no es lo más extraño —comentó Adam, y se cruzó de brazos—. ¿Qué arreglo tienes para que Dimitri te permita saltarte la entrevista mientras que yo tengo que declarar aunque solo haya disparado una bala y ni siquiera le haya dado a Jean-Philippe?

Papá Michael se volvió con los ojos grandes como platos.

—¿Casi le diste? —Su expresión era extraña—. Vaya, por un lado, estoy contento... y por el otro, horrorizado.

—No has respondido a mi pregunta.

—¡Qué insistente eres! Es una obviedad. Dimitri y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Ambos vimos a Jean-Philippe en todas sus facetas, desde el esplendor hasta la locura. Disculpa, pero creo que esas experiencias traumáticas te unen a alguien de por vida —dijo Papá Michael, haciéndose el ofendido. Entonces tomó su camisa de la silla, pero antes de colocarse la primera manga observó uno de sus brazos, donde tenía pegada una bandita—. Oh, maldita sea. ¿Me inyectaron?

—Varias veces.

—¿Y tú los dejaste pincharme así nomás?

—¿En qué momento se suponía que iba a impedirlo? No escuchaste nada. ¡Me noquearon para que no le disparara a Jean-Philippe y me arrastraron hasta aquí para interrogarme! Y para tu información, yo también tuve que darme una dosis.

—Jugaron con mi vulnerabilidad—se quejó Papá Michael, ignorándolo mientras se abotonaba la camisa con bronca—. Podrían haber hecho cualquier cosa conmigo....

—Si no te obligan a hablar después de haberte encontrado agonizando y además curan tus heridas, dudo que pretendan que estires la pata. ¿Ahora quieres calmarte?

—Eso dice el rey de la tranquilidad.

Papá Michael resopló entre dientes mientras se ponía el pantalón. Adam negó con la cabeza.

—Has tenido cien años para cultivar la paciencia. A esta altura, deberías

vivir en estado zen, pero no, eres un abuelo quejoso...

—¿Abuelo?! —repitió Papá Michael, escandalizado mientras metía los pies en los zapatos—. Mira mi piel, la gente con suerte me da cincuenta. Me he mantenido muy bien, y además tengo buen gusto —agregó, con un dejo de orgullo mientras se ponía el saco y luego el sombrero—. No tendrás mi experiencia, pero tienes un carácter que vale por doscientos años. A mi modo de ver, yo soy un hombre joven y tú, un joven anciano. Por eso hacemos un buen equipo.

Aunque la conclusión lo dejaba mal parado, Adam no sentía deseos de discutir. La familiaridad de sus intercambios siempre conseguía hacerlo sentir en casa. Ayudó a su amigo cuando este le pasó un brazo por detrás del cuello, y lo dejó apoyarse para sostenerse como si no hubiesen estado peleando un segundo antes.

—¿Qué pasó con los demás? —inquirió Papá Michael, mientras comenzaban a avanzar hacia la puerta.

—Gabrielle y Joel tienen que declarar. Ambos están heridos... Ah, y Jean-Philippe mató a los Sullivan.

Papá Michael se detuvo en seco.

—Estás bromeando.

—Ojalá —masculló Adam.

—Me dejaron inconsciente antes de eso, no pude verlo —respondió Papá Michael, chistando—. Y ahora él quedará como un héroe en el Historial.

Así, indignados, salieron al encuentro con Alexander para dirigirse los tres hacia la salida de la vivienda. Si bien la llamaban «la oficina» o «la sede», en realidad por fuera era todo menos eso. Se trataba de una casa rústica de tres pisos junto a una construcción similar pero más pequeña que se usaba a veces para dormir. En el medio de la nada y rodeada por la naturaleza en las afueras de Edimburgo, no llamaba demasiado la atención.

Afuera, la madrugada estaba fría, oscura y, sobre todo, silenciosa. Alexander pasó tres camionetas negras de lado y continuó hacia los autos estacionados a un lado del camino de tierra.

—Pueden tomar el Corsa —anunció, deteniéndose—. Aquí tienen la llave —dijo Alexander.

Adam la aceptó, pero también aclaró:

—Nos quedaremos aquí hasta que salgan Gabrielle y Joel.

—Bien. Pero tienen que estar equipados, por su seguridad. —Alexander abrió su chaleco y extrajo dos celulares y dos pistolas cargadas de adentro. Se los pasó a Adam y Papá Michael, quienes aceptaron todo sin problemas—. Cuídense, ¿quieren?

—Lo haremos, muchacho —dijo Papá Michael, apoyándose sobre el auto y liberando así a Adam de su peso—. Y tú también cuida de todos aquí, ¿sí?

Alexander asintió, dio media vuelta y entró en la casona de nuevo. Adam se volvió hacia Papá Michael, que en ese momento intentaba acomodarse la pistola a la cintura.

—¿«Alexander, cuida de todos»? —repitió, molesto de repente.

—Estaba siendo amable. ¿Quieres dejarlo en paz? No tiene la culpa de nada.

—Lo sé. Jean-Philippe es el problema..., pero Alexander cree en él. No entiende nada.

—Él puede creer lo que se le dé la gana, y no estás en posición de juzgarlo. Todo el mundo tiene motivos diferentes para estar aquí.

Era verdad. Adam levantó la mirada hacia la casa, donde las ventanas del primer piso estaban iluminadas, y no pudo hacer más que pensar en su hermana. Se cruzó de brazos y suspiró con pesadez, sabiendo que aquello iba a tardar. Papá Michael pasó a su lado en dirección al auto, y sus pasos sobre la tierra sonaron por sobre el viento que acariciaba las hojas de los árboles.

—Gabrielle solo está declarando. No te pongas ansioso.

—No lo estoy —se defendió Adam de inmediato.

—Sí, claro... —murmuró Papá Michael, y se metió en el asiento del acompañante con una expresión de escepticismo.

Capítulo 3

3

—Toma asiento, por favor. Joel está bien y por ahora necesita descansar. Cuando hayamos acabado, podrás reunirte con él —explicó Fred—. Tenemos mucho de qué hablar, ¿no crees?

Gabrielle se pasó una mano por el pelo alborotado. Sentía que necesitaba un baño, pero eso era lo de menos: no estaba motivada a tener aquella conversación, y menos en ese lugar, apenas alumbrado por una lámpara que colgaba del techo y con la luz de luna que se colaba por la ventana abierta. Al igual que muchos de sus compañeros, no sentía ninguna simpatía por aquella sala vacía e impersonal en la que solo había una mesa y dos sillas horribles. Si bien cumplían la función, no invitaba exactamente a que la gente se abriera a tener una charla honesta en un ambiente relajado.

—¿Cuánto le dieron a Joel? —preguntó Gabrielle, cruzándose de brazos y aún de pie junto a la mesa. Fred la observó tras sus lentes redondos con una mirada curiosa, como si ella fuera un ratón de laboratorio—. Es mi pareja y tengo derecho a saber, así que puedes ahorrarte el análisis sobre cualquier motivo oculto al respecto. Fred, ¿cuántas? No me hagas repetirlo o te juro que me iré ahora mismo, y al diablo con las formalidades.

A pesar de sus exigencias, Fred no respondió de inmediato. Se reclinó en la silla, suspiró y aguardó en silencio. Gabrielle estaba a punto de insistir cuando lo vio levantar el dedo índice.

—Una sola dosis. Concentrada —lo oyó responder al fin—. Lo suyo no era tan grave.

Ella soltó un suspiro.

—¿Y Papá Michael? —inquirió, y Fred fue levantando un dedo tras otro—. ¿Una, dos? —Ya era para preocuparse, hasta que él levantó otro dedo—. ¿Tres dosis? ¿Estás bromeando? Dios...

—La cama en la que lo encontramos estaba repleta de su sangre, y él apenas respiraba. En cuanto a tu hermano...

—¿Adam? ¿A qué te refieres?

Gabrielle no había oído nada de él. Hasta donde ella sabía, no tenía nada que ver con lo que había pasado esa noche.

—Bueno, digamos que Alexander le dio un buen golpe justo antes de que pudiera meterle una bala a Jean-Philippe y matarnos a todos... incluso a ti. Todo porque sigue con esa loca idea de que nos hará daño. A eso le llamo «velar por la familia»... Ahora está reunido con Dimitri. ¿No es gracioso cómo se las arreglan para que nunca me toque entrevistarlos a mí? Qué conveniente.

El comentario no llamaba la atención viniendo de Fred, que siempre había hecho de contrapeso de Dimitri a la hora de tomar decisiones, dado que los dos se dedicaban a analizar a los integrantes de la sociedad de una forma muy diferente. Además, Fred tenía un buen argumento: Adam se había dedicado fervientemente a esparcir rumores desde hacía mucho tiempo, cuando la sociedad tenía bastante más de la decena de miembros que quedaban. Según él, Jean-Philippe era peligroso y sentía una afinidad más que enfermiza por Gabrielle. Sin embargo, todo el mundo sabía que Adam era bastante obsesivo también, por lo que no habían dado crédito a sus historias siempre y cuando Jean-Philippe continuara produciendo el S-22. A ella le salían canas de tan solo pensar en las veces en que lo había oído jurar que la defendería de las maniobras del malvado creador del elixir, maniobras que pretendían atraerla y arrastrarla a la locura como si fuera una niña y no pudiera discernir entre lo bueno y lo malo.

Gabrielle apretó los brazos cruzados contra su cuerpo, pensando en lo que había pasado, y se aproximó a la ventana. Afuera, los árboles se mecían al compás del viento y no se veía a nadie junto a los autos estacionados junto al camino.

Podía imaginarse a un grupo de personas tramando cómo esconder el hecho de que Roy y Mary Sullivan estaban vivos. Al fin y al cabo, no era tan sorprendente. Había conspiraciones mucho más grandes que esa, ¿verdad? Había gente que sabía más de lo que debía sobre cosas mucho más importantes, incluso sin quererlo... y Gabrielle era una de ellas.

Suspiró, pensando en que los Sullivan eran solo dos nombres en una lista más larga, repleta de traidores a la sociedad. Suicidios, crímenes, intentos fallidos de robo acabados en asesinato... Todos bien podían ser mentira, o quizás ser verdades que ocultaban encubrimientos aún mayores. En todo caso, eran muestras de lo que generaba la idea de la inmortalidad si uno se dejaba llevar por ella. Había que andarse con cuidado.

—Tú y Joel se encontraban de vacaciones en esa maravillosa propiedad de Aberlady —continuó Fred, detrás de ella—. La construcción data de 1985... Creo que pasé allí una temporada cuando todavía me dedicaba a conseguir pacientes. Es una residencia clásica, con un aire de hogar que pocos poseen... casi mágico, diría. Las cortinas de tartán morado, sobre

todo. Yo sentía que cualquier cosa, por imposible que fuera, podría ocurrir allí. ¿Tú no?

Gabrielle se volvió hacia él y entrecerró los ojos.

—Ya veo. La arquitectura y el diseño de interiores te van a ayudar a psicoanalizarme.

—Gabrielle, intento establecer una conexión contigo, ¿podrías colaborar por una vez en tu vida...? —respondió Fred, irritado, y se interrumpió. Se quitó los lentes, los dejó sobre la mesa y se restregó los ojos con cansancio—. Son las dos de la mañana. Estaba durmiendo cuando me llamaron para determinar si habías sufrido un trauma o no. Hagámoslo rápido, ¿de acuerdo? Así todos podremos volver a la cama.

Esa era una idea que Gabrielle podía apoyar. Asintió y por fin se sentó a la mesa, frente a Fred.

—De acuerdo. Y no tengo un trauma.

Fred se colocó los lentes de nuevo y escribió «Gabrielle Levingston» en el talonario amarillo que tenía delante.

—¿Había algún indicio de que iban a ser atacados en los últimos días?

—No. Nada.

—¿Estás segura?

La mirada profunda de Fred era difícil de evitar, pero Gabrielle estaba dispuesta a contar la parte que menos le molestaba.

—Jean-Philippe me llamó —contestó. Fred lucía anonadado—. Llamó a eso de las once. Dijo que los Sullivan iban hacia la casa, cosa que por supuesto no esperaba. Además, no era un buen momento. Joel y yo estábamos en medio de una discusión... una de la que prefiero no hablar.

Bajó la mirada, apesadumbrada. Recordaba los últimos días y tenía que admitir que Fred tenía razón: vivir en esa casa tan tradicional en Aberlady había sido como probar una dimensión paralela en la que ella y Joel eran una pareja común y corriente.

Debería haberlo visto venir, pero como ocurría en tantas ocasiones, las señales le habían pasado desapercibidas. Primero, Joel había insistido en preparar la cena con demasiados nervios, y Gabrielle había cedido porque ambos sabían que ella era un cero a la izquierda entre ollas y sartenes. Después, Joel se había marchado a la tienda y, al regresar, había trabajado sin descanso, haciendo uso de unas desconocidas habilidades

culinarias. Al ver la preparación que había logrado, Gabrielle no pudo menos que asombrarse.

—Es «pasta» —murmuró cuando le descubrió el plato en una mesa ornamentada con flores frescas y vajilla de la buena.

—Sí —reafirmó Joel, parado junto a la creación que acababa de revelar. Por la forma en que había corrido por la cocina por dos horas enteras, cualquiera hubiera dicho que estaba preparando pato a la naranja—. Y no me levantes esa ceja.

—No lo hice —dijo ella y, tratando de adelantarse a lo que Joel podía contestar, agregó—: Y no me digas que me parezco a mi hermano.

—Entonces, Pruébalo —respondió Joel, acercándole el plato—. Si no te gusta, iremos a comer afuera.

Ella levantó la ceja, esta vez a propósito. Él frunció el entrecejo y sus ojos verdes brillaron por un instante.

—Veamos —dijo Gabrielle, y enrolló el espagueti con el tenedor para llevárselo a la boca. Entonces percibió los sabores y comprendió—. Oh, Dios... —balbuceó, hurgando entre los ingredientes de la salsa, maravillada—. Bien, me retracto. Es increíble. ¿Quién te dio esta receta?

—Google —confesó Joel sin pudor alguno y, cuando ella levantó ambas cejas, se inclinó para besarla con un afecto encendido. A veces era como si la química, que parecía esfumarse después de tantos años de noviazgo, renaciera para recordarles qué los había atraído el uno al otro en primer lugar.

Sin embargo, algo raro estaba pasando. Joel se separó de ella de repente, fue a buscar un vino a la alacena y cuando regresó a la mesa le temblaron las manos mientras lo servía en las copas.

—¿Estamos festejando? —preguntó ella, porque la etiqueta le había llamado la atención, y porque Joel parecía necesitar calmarse—. ¿Hay algo que deba saber?

Agitado, Joel dejó la botella sobre la mesa, se puso las manos en la cintura y se quedó ahí parado, apretando los labios. Gabrielle lo observó debatirse entre las dudas sobre lo que quería decir, lo cual nunca era una buena señal.

—Joel, me estás asustando...

Él lanzó un suspiro de hartazgo y soltó:

—Gabby, ¿quieres casarte conmigo?

Hubo un momento digno de una dimensión paralela en el que Joel sacó de su bolsillo un anillo y se agachó para ofrecérselo. Boquiabierta ante la gema que brillaba, Gabrielle entró en pánico, soltó los cubiertos y se levantó de la mesa.

—¿Qué?! —exclamó, casi gritándole.

Joel la contempló con los ojos bien abiertos, aún de rodillas.

—Dije que...

—Sé lo que dijiste —lo interrumpió ella, tratando de ordenar sus pensamientos—. Pero... ¿por qué? ¿Para qué? No entiendo... ¡No entiendo nada!

Vaya forma de responder. Gabrielle se arrepintió de sus palabras un segundo después.

—De hecho, es muy simple —dijo él. Parecía que los nervios lo habían abandonado para dar paso al enojo mientras se incorporaba—. Hemos estado juntos por diecinueve años. Te amo. Quiero pasar contigo el resto de mi vida. Estoy preguntándote si quieres lo mismo. —Hizo una pausa y se guardó el anillo—. Quizás fue una mala idea y no estemos listos. Tal vez nunca lo estaremos. En todo caso, si tienes que pensarlo, es evidente que se trata de un «no»...

—Yo no dije que no aceptaba. ¡Aún no he contestado nada!

—Tu reacción es respuesta suficiente. Está bien, no tienes que fingir. Si no quieres casarte conmigo, dilo y ya. No perdamos el tiempo. Me iré si quieres. Puedo juntar mis cosas esta misma noche y marcharme. Terminemos de una buena vez.

—¿De qué estás hablando? Solo necesito unos minutos para ajustarme a la idea...

—¿Estás segura? Porque solo necesitaste unos segundos para hacerme sentir como un idiota.

Se miraron largamente y, como siempre que eso sucedía, a Gabrielle le resultó a la vez aterrador y fascinante el estar junto a alguien que la conocía tanto, que le hablaba con sinceridad y, sobre todo, que podía aguantarla en momentos como ese. Joel despegó los labios, pero entonces

el celular de Gabrielle comenzó a sonar en su bolsillo.

—Será mejor que atiendas —dijo él, dándole la espalda y yendo hacia la sala, con las manos en la cintura. Era evidente que la llamada había empeorado las cosas, porque siempre decía que odiaba las interrupciones en momentos de pareja.

Ella imaginó que se trataría de una tontería, pero cuando vio quién llamaba supo que tenía que atender. Se retiró a la habitación para tener un poco más de privacidad, y allí respondió, pero Jean-Philippe habló primero. «Gabrielle, los Sullivan están cerca! Tomen sus armas...».

—Jean-Philippe te llamó —dijo Fred, regresándola a la realidad. Simplemente repetía, pensativo.

—Sí —confirmó Gabrielle, acordándose de que estaba en la entrevista reglamentaria—. Fue entonces cuando entendí que la misión que Jean-Philippe había emprendido tenía que ver con los Sullivan.

—Rompió el protocolo de comunicación por ti... Bueno, en realidad no debería sorprenderme.

Gabrielle podía ver venir el argumento que Fred iba a usar, pero aun así lo desafió a pronunciarlo.

—¿Qué intentas decir? —soltó.

—Lo obvio. —La mirada de Fred se ensombreció—. Siempre te ha tenido en un pedestal y te ha dado lo que querías, mientras que a los que le cuidamos sus pertenencias y lo complacemos nos deja a un costado. —Chistó con la boca, y sonrió con amargura. Carraspeó y continuó—: Entiendo que Joel y tú no tenían sus armas a mano cuando empezó todo, pero necesito detalles. ¿Cómo entraron los Sullivan?

Gabrielle, que por un momento había sentido lástima por Fred y por sus esfuerzos inútiles por agradar a Jean-Philippe, recordó lo que había pasado.

—Cuando yo estaba al teléfono, tocaron el timbre, y Joel fue a abrir. Los Sullivan se metieron en la casa armados y le exigieron que les entregara el S-22. Él hizo lo que le pidieron, pero ellos creían que les estábamos ocultando parte de las reservas que estaban guardadas allí, y comenzaron a golpearlo. Cuando me di cuenta, comencé a lanzarles cosas para distraerlos. Entonces Mary sacó un cuchillo y me hizo retroceder hasta la cocina, donde forcejamos. En un momento, vi que Papá Michael aparecía allí, pero entonces ella me tomó de la cabeza y me la golpeó contra la pared. Por suerte no me hizo tanto daño, pero quedé inconsciente. Supongo que después ella dejó a Papá Michael como lo encontraron.

—Hizo una pausa—. No sé qué pasó exactamente, pero por lo que me dices ahora, diría que Adam y Jean-Philippe nos salvaron.

Fred, que estaba tomando nota, levantó la mirada de su formulario amarillo.

—Tu hermano llegó cuando todo había terminado. Según las pruebas, fue Jean-Philippe quien mató a los Sullivan.

De modo que había sido él. Gabrielle suspiró, pensando en que Adam seguramente acusaría a Jean-Philippe de ser un malnacido de todas maneras...

—No soy estúpido —le advirtió Fred, acomodándose los lentes—. Sé que has preguntado por todos para saber cómo están, pero no por Jean-Philippe. Solo te diré que está recostado arriba y que parece encontrarse estable. Sabré más cuando lo entreviste.

Gabrielle concluyó que había dicho todo lo que tenía que decir.

—¿Cuándo podré ver a Joel?

—Cuando termine su entrevista. Tienes que tener paciencia.

—Eso es imposible —objetó Gabrielle, de pronto molesta—. La última vez que lo vi lo estaban golpeando sin piedad. Necesito hablar con él para confirmar que está bien. No puedes negármelo.

—Gabrielle, hemos hablado de esto... —Fred se restregó un ojo tras los lentes—. Es fundamental mantener el equilibrio de las emociones, mantener a raya los impulsos exacerbados...

—Siempre y cuando mi pareja no haya estado a punto de morir.

—Gabrielle miró a su interlocutor, lista para insistir—. Fred, por favor, dime que podré ver a Joel.

Fred no contestó; parecía algo irritado con la conversación. La miró por un momento, escribió algo en el papel amarillo, lo firmó y, a continuación, se levantó llevándose consigo. Fue hacia la puerta y la abrió.

—Alexander, puedes pasar —dijo, sin explicar nada más.

Se oyó el ruido de algo que se deslizaba, y entonces apareció Alexander trayendo a Joel en silla de ruedas.

—¡Joel! —exclamó Gabrielle, yendo a su encuentro. Lo observó de arriba abajo y vio que tenía el brazo y la cabeza vendados y la ropa y el pelo rubio oscuro manchados de sangre seca. Aun así, seguía siendo dueño de

aquellos ojos directos y espléndidos, y de esa actitud madura de siempre—. ¿Cómo te sientes?

Le sonrió, pero él desvió la mirada. Fue como si la rechazara.

—Debemos empezar con la entrevista —anunció Fred, y le dio a Alexander el papel amarillo que acababa de firmar.

—Sí, claro —murmuró Gabrielle, sin que le importara su propio diagnóstico, y volvió a notar cómo Joel evitaba mirarla. Entonces comprendió qué ocurría y supo lo que tenía que hacer. Se inclinó por sobre la silla de ruedas y le habló al oído en un susurro que solo él podía oír—. Sí. Mi respuesta final es sí. —Le plantó un beso suave en la mejilla, atravesó el umbral sin esperar su reacción y se apoyó en la pared del pasillo, lista para esperar a que terminara, con el corazón palpitándole con fuerza.

Joel la miraba con ojos iluminados desde la silla de ruedas, como absorto, y Gabrielle confió en que había comprendido su mensaje. Alexander se acercó a la puerta para cerrarla y así dejar a Joel con Fred a solas en la sala. Luego se volvió hacia ella.

—No hay de qué preocuparse. Ya habrá tiempo para que puedan conversar.

«Mi respuesta final es sí». La voz de Gabrielle repitió la frase como un eco en la mente de Joel. Tras analizar los escenarios posibles, él había concluido que existían iguales probabilidades de que Gabrielle lo rechazara y de que aceptara casarse con él. Tal vez había sido la atmósfera tranquila de Aberlady o las vacaciones románticas, pero mientras caminaba por las calles en busca del anillo Joel se había convencido de que ella no iba a echar por la borda tantos años de noviazgo. Había sido tan ingenuo: Gabrielle era complicada e imprevisible y eso nunca iba a cambiar. Extrañamente, amaba eso de ella. Que se sobresaltara y no quisiera saber nada de un compromiso en realidad no era sorprendente, pero tampoco lo era que ahora de pronto quisiera reivindicarse. Ella se movía entre extremos: o todo o nada.

El problema no era que hubiese dicho que sí después de negarse. El problema era que ella había aceptado después de un episodio violento, y eso nunca era bueno. El tomar una propuesta de casamiento luego de una situación de vida o muerte usualmente terminaba siendo un intento

desesperado por sentirse acompañado, y esa había sido una constante en la sociedad durante su historia. Muchos hombres y mujeres habían recorrido un camino juntos sin sentir afecto real el uno por el otro, y a Joel no le gustaba que se conformaran con él a falta de algo mejor. Si alguien le prometía quedarse a su lado por el resto de su vida, tenía que ser en serio.

Se encontraba reflexionando sobre el tema cuando Fred, que estaba al otro lado de la mesa, golpeó el talonario de formularios con el bolígrafo para llamar su atención.

—¿Duele? —preguntó, y Joel notó entonces que se había estado acariciando el brazo vendado mientras pensaba.

—No —respondió, acomodándose en su asiento—, el S-22 hizo su efecto. Le dije a Alexander que no necesitaba la silla de ruedas, pero insistió en traerme aquí.

—Le preocupas. Aunque, bueno, a Alexander le preocupa todo el mundo.

Era cierto. Alexander podía encargarse del trabajo sucio, pero también era quien generalmente se ocupaba de los funerales de quienes no tenían parientes. La sociedad era su familia y era lo menos que podía hacer, según él mismo decía. Hasta a los enemigos que mataba les proporcionaba una tumba decente. Joel lo había visto una vez incluso cavar una tumba para un gato que había sido un daño colateral en una misión.

Fred se aclaró la garganta y dijo:

—Bueno, pasemos a las preguntas específicas. Es de madrugada y creo que tanto tú como yo queremos ir a descansar. ¿Viste o no a Jean-Philippe utilizar su arma contra Roy y Mary Sullivan? Como siempre, sería bueno que hubiera testigos.

Eso era fácil. Joel se acordaba a la perfección de la sensación de alivio al ver la sangre correr por el piso, aunque también eso le hacía sentir asco de sí mismo.

—Sí, fue él —concluyó—. Pero solo lo vi matar a Roy.

—Gracias por la confirmación. —Fred se acomodó los lentes y comenzó a escribir en el formulario amarillo de más arriba, junto con su nombre—. ¿Tienes idea de por qué Adam estaba en la casa? Es como si hubiese estado ya en Aberlady, de lo rápido que llegó. Pregunto porque nunca reportó sus movimientos fuera de Edimburgo, y sabes que esa es una de

las reglas.

Joel se restregó los ojos para liberar la tensión. A veces parecía que a Fred le gustaba hurgar en cuestiones que exponían a Adam, que no paraba de hablar mal de Jean-Philippe..., pero también era casi imposible determinar si Fred era amigo de alguien o si trabajaba solo para su propio beneficio.

—Sé que va a sonar raro —explicó Joel—, pero Gabrielle lo echaba de menos. Ya sabes cómo es: al principio no quería reconocerlo, pero logré que se diera cuenta de que lo extrañaba. No quiso llamarlo, así que lo hice yo a sus espaldas. Quería darle una sorpresa trayendo a su hermano a cenar. Hasta preparé yo la comida, y debo decir que la pasta me quedó bastante bien.

Se acordó del rostro ceñudo de Gabrielle cuestionándole sus habilidades en la cocina, de su expresión sorprendida al probar el plato de pasta, y del beso que él le había plantado antes de ir a buscar la botella y soltar la propuesta. También recordó el llamado de Jean-Philippe, y eso le molestó.

—¿Qué hay de Papá Michael? —siguió Fred.

—También lo invité. Lo consideramos parte de la familia. Además, es el único que puede llegar a tranquilizar a Adam si se mete en una pelea con Gabrielle. Yo quería una noche serena y pensé que era mejor prevenir que curar.

Sonrió con una expresión sincera, esa que le salía tan bien, y, cuando Fred se puso a escribir, Joel supo que lo había logrado: una vez más, había mentido sin que se le moviera un pelo.

—De más está decir que lo que ocurrió debe quedar entre nosotros —aclaró Fred, y Joel asintió—. La reputación del Historial debe quedar intacta, nadie puede saber sobre este... error. Lamento no poder darte más información sobre esa misión que ahora está concluida. ¿Algo más que consideres importante?

Joel se encogió de hombros, repasando los hechos en su cabeza. ¿Algo importante como que le había dado un anillo de compromiso a Gabrielle? Palpó su bolsillo por instinto y un escalofrío le recorrió la espalda. Fred levantó la mirada de sus papeles.

—¿Qué sucede? ¿Buscas algo?

Joel sacudió la cabeza y dejó la mano sobre la mesa.

—Solo creo que olvidé algo en la casa... Pero no importa —dijo, pensando en que había perdido el anillo en la casa de Aberlady y en que era evidente que no iba a recuperarlo si ya habían quemado todo allí.

—Entonces, hemos terminado —dijo Fred, y se levantó con sus formularios amarillos para dirigirse hacia la puerta—. ¿Necesitas tu dosis diaria?

—No, la que me dio Alexander fue suficiente. Estoy bien.

Joel se incorporó de la silla de ruedas y extendió el brazo para mostrarle una bandita pegada allí. Luego se quitó la venda de la cabeza, y la echó en un tacho de basura. Aunque vio que Fred asentía conforme, le pareció que esperaba que dijera algo más. Aun así, no dijo nada y abrió la puerta. En el pasillo todavía estaban Gabrielle y Alexander, charlando mientras esperaban.

—¿Lo ves? Te dije que la silla era solo por prevención. Él ya me había dicho que no la necesitaba —la tranquilizó Alexander, y le puso una mano en el hombro a Gabrielle antes de tomar el papel amarillo que Fred le ofrecía—. Bien, otra suspensión de dos semanas. Vamos, chicos. Los acompañaré al auto.

Los tres salieron al pasillo, dejando a Fred en la sala. De pronto Joel sintió la mano de Gabrielle que tomaba la suya y se desprendió de ella con rapidez, separándose en el trayecto y dejándola atrás. Entonces Gabrielle levantó la voz.

—Alexander, tengo que hablar de algo con Joel. Por favor.

El joven, que iba delante de ellos dos, se volvió y pareció extrañado. Sin embargo, un instante después miró a su alrededor, como buscando si alguien los observaba.

—Entiendo. Mejor que sea en la biblioteca. Esperaré aquí.

—Gracias, de verdad —dijo Gabrielle, y tomó a Joel del brazo para llevarlo hacia la biblioteca, que daba al pasillo.

Lo arrastró sin darle ninguna explicación entre los sillones y las estanterías repletas de lomos multicolor, obligándolo a pararse en un rincón que a Joel le generaba un profundo malestar. En los últimos años, Gabrielle y Jean-Philippe habían pasado mucho tiempo leyendo y conversando allí bajo la mirada atenta de Alexander. En muchas ocasiones, Joel se había sentado lejos para observarlos, fingiendo que algún libro capturaba su interés. Nunca había sido una persona celosa,

hasta que había conocido a Gabrielle.

—¿Qué pasa? —inquirió él, tratando de controlar el deseo de moverse hacia otro lado de la sala.

Gabrielle se inclinó para hablarle en susurros.

—Eso me gustaría saber a mí. ¿Escuchaste lo que te dije al oído antes de que entraras a tu entrevista?

—Por supuesto que sí.

—Pero estás distante. Hasta me acabas de soltar la mano.

Joel la miró a los ojos y suspiró.

—Por supuesto que sí. Me dijiste que aceptabas después de que casi nos mataran. No se supone que deba funcionar así, como si fuera un deber o una consecuencia del miedo.

—No entiendo...

—Gabby, no debería tener que explicarlo —la interrumpió Joel, intentando no sonar tan irritado como se sentía—. Siempre has tenido temor de morir si dejas el S-22 y eso afecta a todas tus decisiones. Te pedí que te casaras conmigo. No quiero juegos, prefiero que seas sincera sobre lo que quieres hacer.

—Lo soy. Al principio me tomó por sorpresa y por eso reaccioné mal. No me lo esperaba, considerando que está prohibido que nos casemos.

—Gabrielle frunció el entrecejo y se cruzó de brazos, señal de que ahora ella era la ofendida—. Además, tú sigues las reglas...

—Bueno, pero esta vez no. No cuando se trata de nuestra vida personal. Es ridículo, tienes que admitirlo.

Se aproximaron el uno al otro, y Gabrielle se quedó pensativa. Sus ojos oscuros e intensos indicaban que estaba tramando algo.

—Le diré a Alexander que necesito hablar con Jean-Philippe cuando se recupere.

—Claro. «Justo» como me lo imaginaba —soltó Joel con un resoplido. De verdad, a veces ella no medía lo que decía.

—¿Y qué tiene de malo? Sabes que no hay otra opción que decirle lo que queremos hacer. Además, puedes estar seguro de que nos dará su

bendición.

—Sí, porque se trata de ti. Contigo hace todas las excepciones que niega siempre a los demás —explicó él, y se sintió aliviado apenas lo dijo. Aun así, notó que Gabrielle lo contemplaba sin comprender.

—¿Eso no es exactamente lo que necesitamos en este caso? ¿No es bueno que nos permita celebrar nuestro matrimonio? Joel, no logro dilucidar cuál es el problema. Todo lo que tenemos es gracias a él.

—Pero no puede decidir sobre esto. No es con él con quien pasarás el resto de tu vida, Gabby. Si es que llegamos a eso.

Joel ya no sentía deseos de discutir. Sin decir nada más, salió de la biblioteca tratando de no pensar en lo bien que le hacía no estar más parado en aquel rincón con tantos malos recuerdos.

—Estamos listos —le dijo a Alexander ni bien llegó a la puerta.

—Perfecto. Síganme. Y si alguien pregunta, esa reunión en la biblioteca nunca ocurrió —agregó Alexander, guiñándoles un ojo.

Joel comenzó a seguirlo por el pasillo de nuevo, y escuchó los pasos de Gabrielle más atrás. Salieron de la casona en silencio, hacia una madrugada todavía oscura y con algunas estrellas en el cielo. El sonido del viento afuera era un deleite, pero cuando Alexander los acompañó al auto que iba a asignarles supo que esa calma no iba a durar. Apenas Gabrielle vio a Adam junto al vehículo, volvió a alterarse.

—Ah, genial —masculló ella, y se volvió hacia Alexander—. ¿No podemos ir por separado?

—Lo siento —se disculpó el joven con paciencia.

Gabrielle suspiró con resignación, y se encaminó hacia el auto, aplastando el pasto bajo sus pies. La luz no era muy buena, y Adam la siguió con la mirada examinándola de arriba abajo.

—Deja de examinarme. Estoy bien, y no voy a hablar contigo —le dijo Gabrielle, metiéndose en el asiento de atrás y dando un portazo.

—¿De verdad, Gabby? —exclamó Adam, y se inclinó sobre la puerta, pero ella subió el vidrio marcando distancia—. Maldita sea. Bueno, haz lo que quieras. No me importa. —Entonces, se dirigió hacia Joel—. ¿Y tú?

—Estoy como nuevo.

Adam asintió, y al fin todos se metieron en el auto. Cuando Joel se acomodó en el asiento de atrás junto a Gabrielle, notó que ella tenía la mirada clavada en un punto indefinido más allá de la ventana. Se preocupó, pero prefirió no decir nada: sabía que cualquier chispa pequeña podía avivar la pelea entre los hermanos Levingston. Apenas Adam apretó el acelerador, vio que también Papá Michael iba en el asiento del acompañante. Compartieron una mirada a través del espejo retrovisor y luego solo quedó el silencio de la noche que los acompañaba mientras describían la curva para llegar a la carretera principal que les permitiría conectar con Edimburgo.

Eran casi las tres de la mañana cuando aparcaron frente al departamento de Adam, en el corazón de la capital. Estacionaron frente a un edificio idéntico a los subsiguientes, de ladrillos en tonos grises y marrones. Los apartamentos tenían pequeñas ventanas alineadas a cada lado de la puerta principal, un diseño que se repetía a lo largo de dos pisos más hacia arriba. Adam subió las anchas escaleras que llevaban a la entrada elevada por sobre el nivel de la vereda, y abrió la puerta de par en par. Subió las escaleras interiores, giró hacia la derecha y usó las llaves de nuevo para darles paso al departamento.

—Hogar, dulce hogar —dijo sin ánimo cuando entraron. Arrojó las llaves en la mesita junto a la puerta y se quitó la campera, dejándola en el colgador de la derecha.

El lugar seguía siendo tan pequeño como siempre: el recibidor constaba de un pasillo tan corto que era casi inexistente y de pronto ya comenzaba la sala de estar, con tres silloncitos acompañados de almohadones con motivos desparejos de tela rústica. Había un par de cuadros con flores apagadas que estaban allí desde hacía una eternidad, y el resto del sitio no guardaba ninguna sorpresa: mesitas clásicas, ausencia de adornos y un motivo monocromático en azul, blanco y marrón que parecía nunca acabar. Joel atribuía la falta de decoración al exceso de trabajo al que Adam siempre parecía entregarse.

—¿Sabes por qué lo hizo? —preguntó de pronto Adam, cuando Gabrielle enfilaba hacia el pasillo. Tenía las cejas enarcadas y los ojos más azules que de costumbre—. ¿Sabes por qué Jean-Philippe te salvó?

Lentamente, Gabrielle se volvió hacia él.

—Adam, no empieces con...

—Sí, lo sabes. Te quiere, como quiso a la mujer que terminó matando hace muchos años. Además, tú tienes pareja. ¿Acaso te olvidas de eso?

Adam se había aproximado a su hermana, insistiendo con los argumentos usuales. Seguro no era dueño de la verdad, pero sí era bastante

convinciente. Jean-Philippe podía ser muchas cosas, pero no era un santo. La cuestión era que Gabrielle no pensaba lo mismo, y acabó por suspirar y declarar con desgano:

—Tú no entiendes absolutamente nada. Nunca lo hiciste y nunca lo harás.

Tras decir eso, ella se lanzó al pasillo, y Adam dio un paso adelante para ir a buscarla. De inmediato Joel le hizo un gesto con la mano para que desistiera, y vio que había tenido éxito cuando Adam maldijo por lo bajo y se puso a levantar unos ceniceros de una mesita tras él.

Unos instantes después, Joel se encontró siguiendo los pasos de Gabrielle hasta que la encontró en el cuarto que compartían, sentada en la cama en silencio.

—¿Podemos hablar? —inquirió ella apenas lo vio entrar, en un tono conciliador y cansado que él conocía demasiado bien, casi como una disculpa sutil que solo las peores situaciones lograban arrancarle. El cabello oscuro y lacio le había quedado despeinado, y estaba encorvada y pálida.

—Ya dije todo lo que tenía para decir —contestó Joel, yendo a abrir un cajón de la cómoda para buscar algo que ponerse y quitarse así la ropa sucia que llevaba. Por más que en ese momento se sintiera decepcionado, la seguía queriendo, pero no estaba dispuesto a demostrárselo. Era Gabrielle quien tenía que preocuparse por hacer las paces con él como era debido.

—Entonces, ¿nos quedamos así? ¿Con que tú no crees que yo realmente quisiera casarme contigo y con que no soportas que tenga una amistad con Jean-Philippe?

—Eso parece. —Era un cajón pequeño, pero parecía enorme. Con cada prenda que Joel movía, menos encontraba la que necesitaba.

—Detesto cuando te pones así, con esa especie de coraza pasivo-agresiva que no me deja pasar. Es injusto.

—Injusto —repitió Joel, olvidándose del cajón y volteándose hacia Gabrielle.

—¡Sí! Ya te lo dije: me tomaste desprevenida con lo del casamiento, y no estoy orgullosa de cómo reaccioné, pero ya lo arreglé.

—Eso es lo que no entiendes. ¿Te escuchas a ti misma? No se trata de «arreglar» algo. Se trata de hacer lo que sientes. Después de todo lo que

hemos pasado...

Joel se quedó en donde estaba, observándola. Ella miró la alfombra bajo sus pies y se quedó callada durante un momento que se sintió como una eternidad. Luego susurró:

—Está bien, elegí la palabra equivocada. Te hice daño y lo siento.

—Como si fuera la primera vez... —soltó Joel, dolido, y se mordió la lengua porque sabía que solo estaba empeorando las cosas.

Gabrielle levantó la mirada de inmediato.

—Cometí un error y me disculpé. No entiendo qué más pretendes que haga para que te sea suficiente.

Era imposible que comprendiera. Joel se aproximó a ella.

—Quiero que vuelvas a ser tú —dijo, porque Gabrielle había mejorado mucho desde que la había conocido, pero el tema de Jean-Philippe todavía conseguía enredarla, confundirla y enfrentarla con los demás. Sin embargo, ella no pareció darle crédito y solo frunció el entrecejo.

—Qué interesante, porque tú no eres exactamente el mismo de cuando nos conocimos, y no te lo echo en cara todo el tiempo.

Él soltó un hondo suspiro.

—No, porque hay algo que sigue igual. Yo sigo aquí, contigo.

—¿Y yo no?

Suficiente. Joel sonrió con ironía, negó con la cabeza y regresó a revolver el cajón en donde encontrar algo era imposible.

—¿Por qué no me dices lo que piensas en lugar de enojarte y guardártelo todo? —insistió Gabrielle más atrás—. Vamos, háblame. Inténtalo. Soy todo oídos.

—¿Sí? Bien, lo haré. —Se volvió hacia ella y se apoyó en la cómoda, intentando controlarse—. Dime que no fuiste a verlo.

—¿A quién?

—A Jean-Philippe. Cuando volvimos a la oficina estaba herido.

—Ah, ya entiendo. —Gabrielle asintió, exasperada—. Adam se te ha

metido en la cabeza.

—Eso no tiene nada que ver. Me remito a los hechos. ¿Fuiste a verlo o no?

—No, no fui a verlo.

No parecía que estuviera mintiendo, pero durante los veinte años de encierro de Jean-Philippe, Joel había aprendido a dudar. En muchas ocasiones Gabrielle se había escabullido a verlo para acompañarlo en sus lecturas o simplemente para hacerle compañía, quizás más tiempo de lo debido.

—Como digas —murmuró Joel.

—¿Y si lo hubiera ido a ver, qué? Somos amigos. —Gabrielle se levantó de la cama, acercándose a él—. ¡Si te molesta tanto, no sé por qué siempre insistes en hablar de él!

—Porque tú no dejas de pensar en él, ¡incluso cuando estás conmigo!
—Quizás no debería habérselo dicho, pero lo hecho, hecho estaba. Joel apretó los labios y se sostuvo del mueble detrás de él—. Él siempre está aquí. Tiene poder sobre lo que pasa entre nosotros, aun a la distancia, pase lo que pase.

—Nos salvó, y no solo de los Sullivan. Nos dio todo y lo sabes.

—Bueno, nunca me dijiste que parte del acuerdo que firmé era compartir a la mujer que amo.

Se hizo silencio, y Joel no supo qué más decir. Había cruzado una línea que siempre había estado allí, tan cerca, tan tentadora a la hora de discutir, pero que nunca había siquiera tocado.

Gabrielle se quedó inmóvil, mirándolo, pero luego pareció como si el cansancio sobreviniera sobre ella y solo comentó:

—Voy a darme un baño.

Así fue como avanzó para abrir un cajón de la cómoda, y Joel se apartó. Fue a la esquina opuesta del cuarto a esperar que ella sacara la ropa y fingió asomarse por la ventana, aunque no había nada que ver. Cuando Gabrielle se marchó, Joel se sentó en la cama y, cuando se oyó el sonido del agua de la ducha corriendo, se refregó la cara con fuerza. Tenso, abrió el último cajón de su mesa de luz, donde guardaba los paquetes de S-22. Tomó uno, lo envolvió en la ropa de dormir, y aguardó. Había sido muy duro con Gabrielle, pero no podía evitarlo: cuando Jean-Philippe se inmiscuía en su relación, algo se removía en su interior y lo hacía dudar

de si había tomado la decisión correcta de unirse a la sociedad, cegado por el cariño que le tenía a esa mujer cabeza dura y obstinada que siempre conseguía volverlo loco.

Ella regresó pronto, y solo se cruzaron cuando él se llevó la ropa al baño. Una vez allí, ya con la puerta cerrada, Joel desenvolvió el paquete de S-22, lo abrió y colocó la jeringa y el frasco sobre el lavabo. Los observó con un rencor amargo que acabó convirtiéndose en resignación. Tomó el frasco, lo abrió, fue hasta el retrete y vació el contenido adentro, para luego tirar de la cadena. Regresó al lavabo, y se llevó la jeringa vacía al brazo. El pinchazo dolió apenas cuando traspasó la piel, pero tenía que hacerlo hasta que una gotita de sangre quedara a la vista; después se colocó la bandita. Finalmente, juntó el frasco, la jeringa y el paquete y arrojó todo al cesto de la basura. Había hecho algo parecido en la oficina con el paquete de S-22 que Alexander le había dejado para tratar las heridas bajo las vendas, y nadie parecía haber sospechado. Por esa razón, todavía el cuerpo le dolía, pero podía aguantarlo.

Contuvo la respiración cuando hubo terminado. En el fondo, sabía que él también estaba siendo injusto con Gabrielle. No sabía cuánto tiempo más podría mantener la farsa: hacía diez meses y veintiún días que no se aplicaba las dosis diarias obligatorias, y nada había pasado, al menos no en términos médicos visibles. Sus órganos funcionaban igual que siempre, no se sentía enfermo y su piel no se había visto desgastada. Seguía vivo como si nada hubiera cambiado y, aunque era claramente una anomalía que iba en contra de todos los estudios realizados por la sociedad, desconocía si algún día se levantaría luciendo como un anciano convaleciente o no. Quizás fuera el primero de muchos, o no. Quizás fuera el único, y comenzara a envejecer lentamente, como un ser humano normal, como si el S-22 solo hubiese congelado el tiempo y su desuso permitiera que todo siguiera su curso de manera natural. Tal vez algún día ni siquiera despertaría, y eso le importaba, pero no tanto como la oportunidad de librarse de la dependencia de aquel elixir.

Era solo una cuestión de tiempo para saber la verdad acerca de las consecuencias de la abstinencia. Pero también era cuestión de cómo se debía vivir la vida, mientras durara, para ser feliz. Y de quién estuviera dispuesto a acompañarlo en ese nuevo camino... o no. Tendría que decírselo a Gabrielle tarde o temprano.

Se lavó los dientes, mirándose al espejo con la culpa que volvía a crecer en su corazón, y se dio un baño. Para cuando regresó al cuarto, Gabrielle ya estaba acostada a oscuras, y él se metió en la cama. En una noche cualquiera, él la habría abrazado por detrás y pegado el cuerpo al suyo para darle calor. Aquella, sin embargo, ambos se acomodaron dándose la espalda.

Joel abrazó la almohada en su lugar.

Novela completa disponible en:

<https://www.caligramaeditorial.com/libro/La-Sociedad-de-los-Inmortales.htm/>